



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Lifschitz, Javier

Volar como mujeres. Memorias de Villa Alba, La Pampa



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Lifschitz, J. (2020). Volar como mujeres. Memorias de Villa Alba, La Pampa. *Revista de Ciencias Sociales*, 11(37), 227-231. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/3555>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

VOLAR COMO MUJERES. MEMORIAS DE VILLA ALBA, LA PAMPA

Javier Lifschitz

En este día en que se realiza un encuentro más del 8M de la mujer combativa* me propuse relatar, como un humilde homenaje, un episodio que mi padre cierta vez me contó y que tiene como protagonista a una mujer.

Mi padre ya casi no hablaba, pero una tarde el pasado ocupó su lugar, como si toda su vida fuese el ayer. Se refería a historias, personas y hechos que se iban sumando en un continuo de imágenes y signos que recibía expectante e intentaba registrar, ensayando este, mi propio relato. Ese día dejó fragmentos de diversas narrativas, que a la manera joyceana, retomo con la llegada de una mujer, la aviadora Carola Lorenzini, a la localidad de Villa Alba, provincia de La Pampa. Un pueblo con un nombre femenino y amable, Villa Alba. En la década de 1940, pasó a llamarse General San Martín, un significativo muy nacional para un poblado tan pequeño y habitado casi exclusivamente por inmigrantes que habían llegado a las pampas en los sucesivos flujos migratorios.

La aviadora argentina Carola Lorenzini en su llegada al pueblo de Villa Alba, La Pampa, en el año 1940



* Río de Janeiro, 7 de marzo de 2020.

Mi padre reía, mientras convocaba, a contrapelo, ese mundo de vascos franceses, gallegos, rusos, colonias judías y alemanas. Los hombres con bombacha bataraza y las mujeres con vestidos sueltos, como campesinas europeas. Compartían la vida con el almacén de ramos generales del judío Liberman, donde todo lo que se compraba era anotando en una libreta negra, testimonio fiel de las deudas y los olvidos.

Hace unos años, cuando consulté una página del gobierno de La Pampa, allí se refería a la localidad como patrimonio turístico de “sangre y sal”. Lo de la sal me resultó comprensible, pero no encontré ninguna referencia al porqué de la sangre. General San Martín conserva el título de “Capital nacional de la sal”, que en ese lugar se mezcla con la tierra, como decía Martínez Estrada. En la laguna Colorada se encuentra uno de los yacimientos más grandes del país. La sal era transportada a caballo hasta el tren –me contaba mi viejo– y cargada en carritos y colocada sobre un riel, para trasladarla de una localidad a otra. Cierta día, los carros descarrilaron y amputaron los pies a los obreros, que estaban parados junto a los rieles como era la costumbre: “Perdieron los pies. Eso pasó, porque yo lo vi, nadie me lo contó. Los trabajadores de la salinera eran esclavos, no había derechos sociales”.

Carola Lorenzini llegó a Villa Alba en el año 1940, haciendo una escala dentro de un gran raid aeronáutico que incluía a todas las provincias argentinas. No se trataba propiamente de un raid, no se proponía establecer un récord de tiempo, sino realizar exhibiciones, como su famoso *looping* invertido al ras del suelo.

Eran tiempos en los que la aviación estaba reservada a los hombres. Sin embargo, Carola había obtenido el carnet de aviador civil en 1933. En 1935 conquistó el récord sudamericano de altura en un avión. Fue homenajeada con una medalla de oro por la Aviación Militar Argentina, cuyo prestigio aún no se había manchado con la sangre de los vuelos de la muerte.

Mi abuela, inmigrante rusa, y mi abuelo, el farmacéutico del pueblo, tuvieron el honor de recibir y alojar a Carola Lorenzini en su casa durante los días que permaneció en Villa Alba. La foto, que permaneció imperturbable en un viejo álbum de familia, selló ese encuentro, dejando testimonio de lo que fue un motivo de orgullo para el pueblo todo.

Se dice que fue la primera mujer que obtuvo el título de instructora de vuelo en América del Sur, la primera que logró el carnet de piloto de Aviación Civil, y en alcanzar un récord de altura, voló por los cielos de la Argentina y realizó ese raid aeronáutico que la llevó a Villa Alba. La primera también en conducir un automóvil por las calles de San Vicente, ciudad del Gran Buenos Aires donde había nacido. En una edición de la revista *El Grafico*, del año 1940, con el título de tapa “La Gaucha Carola”, aparece su foto luciendo bombachas criollas, botas y campera de cuero, como usaban los hombres de campo, imagen que la hizo portadora del apodo. O

sea, la primera. Y ese era uno de los rostros de las mujeres que construían vidas emancipadas.

Ya transcurrían los tiempos de las sufragistas, de mujeres que luchaban para conseguir derechos, y otras que también luchaban para ocupar lugares que hasta ese momento eran exclusivamente masculinos. No todas eran luchas colectivas como las que impulsó Virginia Bolten a fines del Siglo XIX, o ya en el siglo XX mujeres como Alicia Moreau de Justo para impulsar el sufragio femenino, ni los grupos que se organizaban para apoyar a los republicanos durante la Guerra Civil española, sino el feminismo muchas veces solitario, como acto, para atravesar fronteras hasta ese momento inexpugnables para las mujeres.

En un artículo publicado en *Página/12*, en el año 2003, titulado “La fuerza aérea”, se hace referencia a esa impronta de una mujer en el campo de aviación, sin embargo, se hace más hincapié en sus sucesoras, María Angélica Medina y Luisa Quiroga, cofundadoras de la Organización Femenina de Aeronavegantes, creada en 1991, que no se identificaban con el feminismo, como ellas mismas dicen en el reportaje, pero sí con el hecho de poder “volar como mujer”. Se habla también en ese artículo de la identificación de Carola Lorenzini con Beryl Markham, la aviadora inglesa que en 1936 cruzó el Atlántico sin acompañante y escribió una autobiografía titulada *Al oeste con la noche, o de todo lo que hice para escapar del aburrimiento*. En ese mismo año, Carola será la primera mujer que cruza el Río de la Plata, en un vuelo también solitario, llegando a Montevideo.

Pero más allá de estas simetrías transoceánicas, la aviadora argentina comenzó a hacer eco en mí desde otros circuitos metonímicos, que se hicieron carne en una librería. Atento al lanzamiento de libros sobre los fascismos reemergentes, me detuve ante uno de la escritora italiana Rittanna Armeni, *Una Donna Può Tutto* (Milán, Adriano Salani Editore, 2018), sobre un regimiento de aviación soviética solo formado por mujeres. Fue un escuadrón de aviones piloteados por mujeres que realizaba vuelos nocturnos para bombardear las posiciones alemanas. Creado en 1941, al comando de la coronela Marina Raskova, la mujer más famosa de la aeronáutica soviética, quien habría persuadido a Stalin de aprobar esa formación exclusivamente femenina. Solo mujeres ocupaban todos los puestos: la mecánica, la administración, la logística y el comando. En la época ya existían pilotas americanas, francesas e inglesas, pero se limitaban a verificar los aviones para llevarlos a la línea de frente y entregarlos a los pilotos hombres, quienes más tarde aparecerían como emblemáticos galanes en las pantallas de Hollywood.

Los soldados de la infantería de Hitler ya ocupaban parte de la Unión Soviética y avanzaban sobre Leningrado con sus pesados armamentos, caminando más de 40 kilómetros por día, y al llegar la noche, ya extenuados, se detenían para descansar. En esas horas, las *brujas de la noche*, en sus pequeños y ágiles aviones se sumergían para atacar en la oscuridad

abismal. Debían apagar las luces del avión y el motor, que solo encendían nuevamente para tomar altura después de bombardear. Se hundían en la noche abismal y en el silencio más espectral, que precede al acto absoluto, para después accionar el motor y rápidamente, escapando de la artillería, desaparecer entre las nubes.

Los aviones eran de madera, cubiertos por una gruesa lona. Eran los mismos que antes de la guerra se usaban para fumigar los campos, por eso los alemanes los llamaban “aviones de choclo”, aludiendo a esa construcción rural y pacífica, ahora convertida en una máquina de guerra pilotada por mujeres. Esos aviones rudimentarios tenían dos plazas, una delantera para la piloto y la trasera que llevaba a la navegadora con el mapa y la brújula. Lo que valía allí, en una guerra muy violenta y dura contra el nazismo, era la habilidad y el coraje del dúo de mujeres, que se comunicaban entre ellas por medio de una manguera de plástico que les permitía escucharse, porque la mitad de sus cuerpos estaba a la intemperie en contacto con los sonoros vientos helados de las estepas rusas.

Con esos biplanos, que no precisaban de un aeropuerto para aterrizar, debían hacer maniobras temerarias, tal vez no tan complejas como el *looping* invertido de Carola Lorenzini, pero tan imprevisibles como para poder escapar de la artillería antiaérea nazi. Todas las noches, hasta que expulsaron al ejército nazi, esas 200 mujeres atravesaron diversas fronteras en el campo masculino de la guerra, no solo la primacía aérea. Aun con sus fantasías siendo doblegadas, con decisiones de hierro sin vuelta, encararon los derechos de defender al pueblo desde su singularidad, frente a lo que en esa época era la extrema derecha armada. “Lo que desestabilizaba a las tropas alemanas –cuenta Ritanna Armeni– no eran los muertos y heridos por esas incursiones nocturnas. Lo que los perturbaba era la sorpresa, la incerteza y el cansancio por no poder dormir y la pregunta que no lograban responder: ¿quiénes eran los que provocaban esa lluvia de bombas?”. Cuando lo descubrieron, las llamaron “Nachthexen”, las “Brujas de la noche”. Ese era uno de los “rostros femeninos de la guerra”, y comenta la autora que mientras escribía sobre el tema descubría que las mujeres no habían sido solo víctimas, que en ellas no había solo sufrimiento, coerción u obediencia: “Las brujas no habían sido víctimas de la historia; al contrario, habían asumido un papel de máxima importancia, habían hecho de la guerra una oportunidad de emancipación, habían hecho del conflicto una oportunidad de ampliar los límites de libertad. No les bastaba la igualdad, en la escuela o en el trabajo, prometida por la patria socialista [...]. Pretendían también la igualdad trágica y feroz de las bombas y de la muerte”.

Tal vez eso de la igualdad en la muerte no haya sido una frase muy feliz, pero los relatos de las aviadoras rusas dejan claro que, a pesar de la igualdad de géneros prometida por la revolución socialista, continuaban siendo sometidas a la dominación masculina. Dice Armeni que al hacer las

entrevistas sintió la misma emoción del feminismo radical de la década de 1970, discursos similares sobre un universo masculino que las acosaba y desvalorizaba y la necesidad y el valor de lo colectivo y de trabajar juntas.

No encontré referencias sobre la identidad política de la Gaucha Carola. Se dice que uno de los motivos de su trágica muerte, haciendo una exhibición acrobática en la base de Morón, fue el resultado de los enfrentamientos que tenía con las autoridades de la aviación militar, pero no habría sido por motivos ideológicos. La causa era por falta de combustible para sus aviones, la habrían suspendido por desacato y se quedó sola, con su pulsión de muerte. “En medio de esa tensión, muy enojada, Lorenzini se lanzó a la acrobacia con un avión que no era el suyo y sin tomar las medidas de seguridad necesarias. Un error de cálculo y su cuerpo fue a incrustarse en el suelo, cavando la fosa en la que yacerían sus restos. Su entierro fue multitudinario.”

Cada año, en ocasión de la fecha de ese aniversario, la Sociedad de Fomento Carola Lorenzini, de Temperley, continúa recordándola en los festejos convocando a familiares y vecinos. Es homenajeada como aviadora pionera, pero es también una representante de las luchas históricas de las mujeres por su emancipación; como las que lo hicieron por el sufragio, las anarquistas, las republicanas y tantas otras vertientes históricas de la lucha de las mujeres que también hicieron oír sus voces en esas pequeñas localidades del interior del país, como en Villa Alba.

Cómo citar este artículo

Lifschitz, Javier, “Volar como mujeres. Memorias de Villa Alba, La Pampa”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, N° 37, otoño de 2020, pp. 227-231, edición digital, <<https://ediciones.unq.edu.ar/revista-de-ciencias-sociales-segunda-epoca-n-37.html>>.